

EDICIONES DE
EL LIBERTARIO

COMUNISMO ESTATAL Y COMUNISMO LIBERTARIO

por

José Maceira

SEGUNDA EDICIÓN

Madrid, Mayo 1932.

25 cts.

EDICIONES DE

“EL LIBERTARIO”

Comunismo Estatal y
Comunismo Libertario

por José Macelra

AGUIJONAZOS
Tabarras antiestatales

por Tabarro

La C. N. T. y la
REVOLUCION

por Orobón Fernández

¡TRABAJADORES! LEED ‘EL LIBERTARIO’

Comunismo estatal

y

Comunismo libertario

A modo de prólogo

Nada hay nuevo bajo el sol; viejo adagio harto trillado que tal vez en este caso sea aplicable.

En materias sociales, después de casi un siglo de sistemáticas especulaciones, es difícil decir nada nuevo. Por eso no puede ser pretensión del autor ni de los editores la novedad en el fondo. Si la pretensión es, por el contrario, sistematizar una labor divulgadora y acompañarla de la máxima claridad, podemos asegurar que ha sido lograda plenamente.

No otra cosa persiguen las ediciones de "El Libertario", ni otra cosa puede interesar al autor: precisión (en cuanto el espacio lo permite) y claridad, mucha claridad.

José Maceira no es un novato en estas lides. Viejo militante del movimiento obrero y anarquista, conoce de manera inequívoca la forma expositiva que debe informar nuestra literatura; de ahí su claridad, su concisión. De ahí que, consciente del momento histórico que vivimos, no le haya arredrado la perspectiva de atacar los

problemas de frente, aun a trueque, tal vez, de rozar los linderos de lo que a muchos dogmáticos no dejará de saberle algo a herejía. Pero por eso mismo, el autor como todo anarquista, a estas alturas, debe ante todo, ser sincero, veraz, responsable.)

Por otra parte, este folleto tiene el gran valor de estar hecho por un hombre estudiioso, que de una manera desapasionada ha estudiado detenidamente en las teorías de las diversas ramas del socialismo, y de ellos ha aceptado cuanto a su criterio puede ser aceptado para la realización, de la verdadera revolución...

Maceira ha estudiado las teorías de la rama autoritaria del socialismo, tanto de aquellas que admiten la transición “pacífica democrática” entre el capitalismo y el socialismo integral dentro del propio capitalismo, como las que, negando esa desacreditada fórmula, predicen una transición política posterior al hecho violento que derrumbe al capitalismo.

Y con ellos conviene en la negación del sistema capitalista que “condena la economía al perpetuo desorden”, que arrastra consigo la “tortura de los hombres”.

En este terreno, Maceira, que conoce a Marx y que está hondamente influenciado por él, llega a afirmaciones un poco audaces. Pero nada puede importar. Y nada puede importar porque de su examen del marxismo y de sus concesiones—a mi juicio, un tanto excesivas—al marxismo—no hace más que vigorizar el anarquismo, dándole nuevos argumentos que solidifican su posición.

Tiene este trabajo el gran valor de negar la propiedad con nuevos argumentos. Y, a juicio nuestro, lo tiene, ante todo, la demostración de su aspecto antisocial; “al no poder hacerse extensiva a todos, no puede ser el fun-

damento de la sociedad"; en cambio, puede perfectamente serlo la no propiedad de esta manera, la propiedad, pasa a ser "medio" instrumento, mientras el fundamento deviene el trabajo. De ahí la necesidad de cambiar el eje de la vida.

Otra de las cualidades de este folleto es su objetivismo al enfocar el estudio de los medios de transformación social. Nuestra propaganda viene de mucho tiempo a esta parte adoleciendo de excesivamente vaga, inconcreta. De ahí que la gente "práctica" le achaque en muchas ocasiones calidad de utopía, de sueño.

Y Maceira ha hecho todo lo posible por llenar las lagunas que tal carácter puedan darle en ciertos momentos. Y ha hecho muy bien, a juicio nuestro, porque hoy, cuando la revolución llama a nuestras puertas con aldabonazos que hasta los sordos tienen que oír, todo compañero, todo propagandista, todo teórico tiene la obligación de ser franco, claro, comprensible.

La teoría de la generación espontánea está en derrota franca, como lo está la de las mutaciones espontáneas. Por eso Maceira ha hecho muy bien, al quitar a la revolución el carácter milagrero que algunos—demasiados, por desgracia—le dan y mejor que milagrero, catastrófico.

Por eso no está demás admitir la posibilidad de transiciones entre un régimen tan furiosamente individualista como es el actual y el régimen comunista, anarquista: no en lo político, que bien afirmada queda la nocividad de la "superestructura" estatal—a la que tan bien cae el nombre de *infracstructura*—, sino en lo económico. No se cambian las mentalidades en un día, ni en un día se hacen los individuos o las colectividades a las situacio-

nes nuevas que requieran el empleo de sus fuerzas a actividades completamente nuevas...

Por eso es de esperar que muchos hombres no comprendan el comunismo al día siguiente de la revolución y, tal vez, las instituciones no lo resistan, aún débiles por falta de ejercicio de la adecuada función; y Maceira establece una concatenación lógica, admitiendo el colectivismo como posible eslabón intermedio. Una vieja teoría, tan querida de algunos de nuestros viejos teóricos que recobra actualidad; con una diferencia; ayer se hablaba de él como objetivo, hoy se le da la categoría de medio.

Maceira no cree—y aquí está la solidez de la doctrina anarquista—en las revoluciones de minorías, que todas ellas tienen objetivos políticos, y, en cambio, predica la intervención de las masas hasta que cada individuo sea un “soldado”, es decir, ocupe un puesto, sea un hombre.

Y con muchos “soldados”, es decir, con muchos hombres actuando puede pensarse en realidades revolucionarias inmediatas.

Y sólo a este precio podemos poner en el lugar del lema de Marx, que sirve de broche a este trabajo: La lucha por el triunfo, y sólo para el triunfo.

Cuando el pueblo español, todo, se agita y las multitudes se convierten en “soldados”, en “hombres”, no se puede admitir la “nada”.

PALMIRO DEL SOTO

El Socialismo ⁽¹⁾

I

Hay que empezar por hacer una distinción entre lo que, concretamente, puede entenderse por *socialismo* y entre la actuación, también concreta, de los llamados *partidos socialistas*.

El socialismo es la formulación teórica de un sistema económico opuesto del sistema capitalista. Es un vasto plan de reorganización de toda la vida económica. Por lo tanto, en su expresión vital subjetiva, humana, actual, es la doctrina de la clase peor situada en la actual organización económica de la sociedad, de la clase a quien la actual fórmula de organización económica perjudica, que es el proletariado.

La formulación del socialismo coincidió con la aparición del capitalismo y del proletariado, su consecuencia inmediata. La originaria institución de la propiedad privada y la organización de la economía sobre la base de la iniciativa y el interés individual; organización que, en realidad, supone una completa ausencia de organización, vió súbitamente perturbada su función social por el advenimiento de la máquina de vapor, y, en general, por todos los perfeccionamientos de la técnica de la producción que le siguieron.

Esta organización económica está basada actualmente sobre la existencia de dos clases colocadas en situaciones completamente antagónicas; la clase capitalista, propietaria de todos los medios de producción y cambio, y la clase proletaria, desposeída de todos los medios, y, por

(1) Al hablar de "socialismo", el autor da en este folleto el sentido genérico de transformación que daban nuestros primeros teóricos y que es común a todas las ramas del socialismo que aspiran a la transformación económica de la sociedad.

lo tanto, obligada a entregarse atada de pies y manos a disposición de la clase capitalista. Toda esa multitud, compuesta por millones de hombres, que trabaja en las fábricas, talleres, establecimientos, minas, transportes, etc., etc., carece en absoluto de toda propiedad. Ni siquiera es propietaria de su persona, puesto que tiene que alquilársela al capitalista para poder vivir.

Todo ello demuestra que, si bien la economía actual se basa en la propiedad privada, también, por el contrario, se cimenta en la ausencia de propiedad de la mayoría; que, como tal mayoría, representa los mayores intereses de la sociedad, y en la apropiación por una minoría de todos los medios económicos en beneficio propio.

Precisamente la formulación del socialismo arranca de este hecho indiscutible e irremediable. El actual desarrollo de la técnica de la producción hace imposible la generalización de la propiedad privada como base de la organización económica de la sociedad. El querer sostener contra viento y marea la propiedad privada como base de la organización económica por amparar a los intereses creados y por la cobardía de no querer someterse a los trabajos y las dificultades de una época de reconstrucción económica, es condenar la economía a un perpétuo desastre y a un perpétuo desorden; y, lo que es peor, es contemplar impasible, con los brazos cruzados, la obra de destrucción de las mejores cualidades humanas que realiza todos los días este mecanismo económico, que parece más bien un invento diabólico destinado a torturar a los hombres.

La propiedad privada, como institución económica, tiene su raíz en la agricultura. Originariamente, toda la vida económica gira alrededor del trabajo agrícola. El resto del trabajo necesario a la vida humana es realizado por trabajadores independientes, propietarios de sus utensilios y propietarios también, por eso mismo, de los productos de su trabajo, que los venden o los cambian de acuerdo con las posibilidades del momento.

En tales condiciones no existía una organización económica propiamente dicha, ya que las dificultades de

los transportantes y la falta de desarrollo de los medios de cambio impedían un enlace general de los elementos económicos y una coordinación en un sistema coherente y ordenado. El atraso de la técnica de la producción hacia inútil la división del trabajo, y poca más ventaja se obtenía del trabajo de grandes reuniones de individuos, que de esta misma cantidad de individuos trabajando cada uno aisladamente.

Este incipiente desarrollo de la economía no permitía la explotación del trabajo humano. Asimismo, la economía no desempeñaba todavía un papel primordial y decisivo en la sociedad humana. En el juego normal de la actividad económica no se vislumbraba la posibilidad de escapar a una vida penosa de trabajo constante y de relativa escasez.

Esto y el crecimiento incesante de la población, que amenazaba agotar las posibilidades de la propiedad agrícola, empujaban a los pueblos a la guerra.

En la guerra, los pueblos vencidos, son despojados de sus propiedades y reducidos a esclavitud. Pero con el establecimiento de la esclavitud queda de hecho destruida la propiedad privada como base de la organización económica de la sociedad humana.

En un libro titulado "Los sistemas sociales contemporáneos", libro que desde cierto punto de vista es un cúmulo de necedades, y desde otro punto de vista más particular es la exposición de la endeblez moral del autor, dice Edmundo González Blanco: "La propiedad es un derecho adquirido tan necesario como los mismos derechos innatos, porque es la condición *sine qua non* para el ejercicio de esos mismos derechos".

Sin embargo, los que sostienen esta teoría como derecho innato del hombre la niegan rotundamente en la práctica.

Si propiedades los derechos son una pura ilusión, y, por consiguiente, en la sociedad capitalista, la incontable mayoría humana que carece de todo género de propiedad, carece por eso mismo de todo género de derechos. La sociedad capitalista no es, propiamente hablando, *la sociedad humana*, sino la sociedad de la pequeña

minoría de propietarios de la tierra, de las fábricas, de las minas, los transportes, los talleres y los establecimientos. La incontable masa humana que trabaja en los campos, en las fábricas, las minas, los talleres y los establecimientos, como carece de todo género de propiedad, carece por eso mismo de la condición *sine qua non* para el ejercicio de los derechos, y virtualmente no forma parte de la sociedad humana, es sólo un mero instrumento de trabajo de esa *sociedad de propietarios*, que es la expresión real de la actual sociedad que nos toca vivir.

La estupidez de los escritores burgueses los lleva hasta esas necesidades, hasta eso de creer que el pleito del verdadero socialismo es un pleito contra la propiedad, y nada más que eso. El pleito contra la propiedad es el aspecto puramente formal del socialismo. Lo fundamental del socialismo son los intereses de esa enorme masa proletaria, despojada de todo género de propiedad. Si la sociedad ha de tener como fundamento la propiedad privada, y si la propiedad privada es la condición *sine qua non* para el ejercicio de todos los derechos, la propiedad privada debe hacerse extensiva a todos los hombres, y no puede tolerarse que sea el patrimonio de una minoría, insignificante, comparada con la incontable mayoría de despojados de todo género de propiedad. Y si por las condiciones económicas actuales la propiedad no puede hacerse extensiva a todos los hombres, como no ha podido hacerse nunca, los campanudos sociológicos burgueses le andan buscando tres pies al gato; pues ello quiere decir que las condiciones económicas actuales hacen imposible fundamentar la organización económica de la sociedad sobre la propiedad privada.

Lo que se discute aquí no es precisamente este u otro sistema, esta o la otra forma de organización económica. Todo eso tiene sólo importancia de mero trámite; como medio, no como fin ni como motivo.

Cada uno de nosotros, cada uno de los hombres, por el hecho de nacer, tiene derecho a ser tenido en cuenta

como uno de tantos en la organización económica de la sociedad. Para ello no ha de tolerarse esta organización en las condiciones a que el azar la ha venido llevando hasta la actualidad, en que una minoría humana se ha ido apropiando de todo lo que había apropiable terminando por convertir la vida económica en un feudo propio y a la mayoría de la humanidad en meros instrumentos de sus intereses.

La base de la economía humana no ha sido nunca la propiedad privada lo mismo en la actual época del asalariado que en la antigua época de la esclavitud; la propiedad es una manifestación más particular aún que la falta de propiedad. Sobre todo en la época actual, el número de propietarios es una insignificancia, comparado con el número de no propietarios. No se puede decir por eso mismo que la propiedad privada sea una condición indispensable a la sociedad humana. La mayoría de la humanidad vive sin ningún género de propiedades y, no obstante, vive. En las condiciones económicas, no propietarios en que vive actualmente el proletariado, puede vivir toda la humanidad.

El punto esencial del socialismo es ese precisamente. Como la propiedad no puede hacerse extensiva a todos, la propiedad no puede ser el fundamento individual de la organización económica de la sociedad. En cambio, lo que puede hacerse extensivo a todos es la no propiedad, las condiciones actuales del proletariado. Entonces, el fundamento individual de la sociedad debe ser el trabajo: las diversas propiedades individuales hoy existentes deben ser considerados como medios e instrumentos sociales de trabajo, desaparecer como propiedades individuales y fundirse en una única propiedad social, y los propietarios deben pasar a ganar su vida realizando cualquier trabajo útil a la sociedad en las mismas condiciones de la mayoría de la humanidad, que forma el proletariado. Que, en el peor de los casos, podrán ganárselo más holgada y seguramente que lo hemos ganado nosotros, los trabajadores, en el régimen manejado por ellos y perpetuado por ellos.

II

Hablando con propiedad no se puede decir que actualmente exista una organización económica de la sociedad. El carácter más especial de la economía capitalista y en general de toda la economía basada en la propiedad privada, es la desorganización. La propiedad privada impone a toda la actividad económica un móvil privado. Elimina de la vida económica la noción de lo social y hace imposible la coordinación de las actividades individuales en un plan de interés social común. La actividad individual la convierte en una disputa encamada y ardua por conseguir ventajas individuales, despilfarrando inútilmente en esta disputa todas las energías de la humanidad.

Y es precisamente este carácter inorgánico de la economía basada en la propiedad privada lo que ha hecho imposible su generalización en ninguna época de la historia. Primitivamente la propiedad privada ha podido subsistir con el auxilio de la esclavitud: creando una clase indigente, sin propiedad alguna, que permitiría la indispensable coordinación del trabajo, coordinación opuesta a los móviles privados de los propietarios.

Posteriormente, el régimen de la propiedad ha evolucionado y evoluciona, negándose a sí mismo. La invención de la máquina de vapor y el moderno perfeccionamiento de la técnica de la producción, haciendo necesaria la coordinación y la organización de grandes

masas de trabajadores, ha podido ser aplicada por el estrechamiento cada vez mayor del círculo de la propiedad privada y por el lanzamiento cada vez en mayor número de la mayor parte de la población a la indigencia, despojada de toda clase de propiedad privada sin la compensación de ninguna clase de propiedad social.

Particularmente en la gran industria, la misma propiedad privada pierde su carácter privado para revestirse de un carácter social, como sucede en las sociedades anónimas.

Gracias a estas sociedades anónimas y gracias al despojo de la propiedad a la mayor parte de la población, dos hechos que permiten coordinar grandes masas de fuerzas productoras ha podido aumentarse actualmente la capacidad productora de la humanidad en proporciones considerables.

Pero el móvil privado que la propiedad privada impone a la actividad económica, ha hecho perfectamente inútil este aumento de la capacidad productora. Esta capacidad productora no puede aplicarse porque no hay para quien producir. El móvil privado de la actividad económica impide que los productores sean puestos a disposición del consumidor con la facilidad correspondiente a la facilidad de su producción.

Así el desarrollo impuesto a la vida económica por la propiedad privada, dió por resultado el aumento de la capacidad productora y el estancamiento de la capacidad de consumo. Todas las ventajas de la actividad económica y del perfeccionamiento de la técnica de la producción, son sistemáticamente apropiadas por los propietarios de los medios de producción, que forman un número menor cada vez. La gran masa proletaria de la población, es despojada despiadadamente de los frutos de su trabajo por el pequeño número de propietarios. El resultado práctico de esto es que esta gran masa proletaria carece perpetuamente de los productos más indispensables para el sostenimiento de su vida, y no puede proporcionárselos por falta de medios de compra. El movimiento del consumo es así un movimiento lento, que no se corres-

ponde con el movimiento acelerado de la producción, y entonces este sistema económico, basado en la propiedad privada, y la empresa privada y en el móvil privado, se ve obligado a evolucionar eliminando de la circulación fuerzas productoras. Los treinta millones de hombres sin ocupación que existen actualmente en el mundo con el resultado de esta eliminación. No hay trabajo para ellos porque no hay quien compre lo que ellos pudieran producir; no hay quien lo compre, no porque no haya quien lo necesite, sino porque se reduce a los que tienen la suerte de trabajar, a salarios misérrimos, insuficientes para comprar las cosas más indispensables al sostenimiento de la vida y a la gran masa de la población se la condena al paro forzoso.

El móvil privado que la propiedad privada imprime a toda la actividad económica, anula en la práctica los resultados del perfeccionamiento de la técnica de la producción y del aumento de la productividad del trabajo. Con la persistencia de la propiedad privada jamás podrá la sociedad humana salir de la miseria, aun cuando la ciencia centuplicue la productividad del trabajo humano.

La empresa privada persigue el interés privado. La producción no se realiza así como un fin social, con el fin de satisfacer las necesidades de los individuos, como sería lo natural y lógico, sino con el fin de ganar dinero, de acumular riqueza. Esta desviación artificial de los objetivos de la actividad económica malea y perturba toda la economía de la sociedad e inutiliza todo el perfeccionamiento de la técnica de la producción.

Al aumento de la productividad del trabajo, habría corresponder, por una parte, un aumento de los medios individuales para procurarse los productos necesarios al sostenimiento de la vida, y, por otra parte, una disminución de la cantidad diaria de trabajo exigida al individuo.

Pues bien: gracias a la propiedad privada y al móvil privado de la actividad económica, ninguna de estas dos cosas tiene lugar ni podrá jamás tener lugar mientras la economía no tenga un fundamento social.

Si la invención de una nueva máquina permite a una fábrica servir sus ^{pedidos} normales con el trabajo de la mitad de sus obreros, ello quiere decir que esa nueva máquina ha duplicado la capacidad productora de esos obreros. Esto no obstante, la situación de estos obreros no habrá experimentado con ello ninguna mejoría y antes, al contrario, se habrá agravado. La mitad de los obreros que trabajaban en la fábrica habrán sido despedidos y la otra mitad continuará realizando la misma cantidad de trabajo.

Pero como los obreros despedidos se quedan sin ocupación, es muy posible que acosados por el hambre se ofrezcan al industrial por menos jornal; de donde viene a resultar que el aumento de la productividad del trabajo que ocasiona el perfeccionamiento de la técnica de la producción determina un empeoramiento de la vida de la mayor parte de la población.

El dinamismo del régimen privado está determinado por la competencia de la mano de obra y la competencia de capitales. Estas dos competencias mantienen la economía en constante ^{atasco} e inutilizan todos los progresos económicos. Si el dueño de la fábrica en cuestión fuera un hombre bueno que quisiera repartir los beneficios de la invención de la nueva máquina entre la gente que le rodeaba, tampoco podría hacerlo. En vez de despedir a la mitad de los obreros que la nueva máquina hacía innecesarios, resolvería quedarse con todos y hacerlos trabajar la mitad de la jornada para que llevaran una vida más descansada.

Pero entonces no tardaría en aparecer otro capitalista ocioso, de los tantos que deambulan obligados a buscar un negocio antes de consumir el capital y tener que convertirse luego en proletarios. Este capitalista instalaría una nueva fábrica, adquiriría la nueva máquina e impondría la mayor jornada de trabajo que le fuese posible. Los productos de esta nueva fábrica resultarían así con menores costes de producción y podrían ser vendidos más baratos.

Con lo cual la antigua fábrica tendría que aceptar es-

ta guerra de precios, y para sostenerla veríase forzada a echar mano de la mayor explotación posible del trabajo humano.

Los treinta millones de obreros desocupados que existen actualmente en el mundo refuerzan este ejemplo que presentamos como exponente del orden económico capitalista.

Y esto de que el perfeccionamiento de la técnica de la producción, en vez de servir para disminuir la cantidad de trabajo individual sirva para lanzar millones y millones de trabajadores en la desocupación y en la miseria más desesperante, es algo absolutamente intolerable.

Y más intolerable todavía que haya quien se permita defender un régimen que trae aparejadas tan fatales consecuencias. Ello es una afrenta al dolor de los millones y millones de despojados que viven su calvario de dolor cogidos en los engranajes de este mecanismo económico, estúpido y bárbaro.

III

En realidad, la última fase de la propiedad privada, el capitalismo, es ya el comienzo de la negación de la propiedad privada. El predominio de los aiores de cambio sobre los valores de uso reduce incesantemente la extensión y la esfera de acción de la propiedad privada.

Mientras en la economía predominan los valores de uso y se hallan en estado rudimentario los valores de cambio, la acumulación de la riqueza halla un límite constante en la inutilidad de la acumulación de grandes cantidades de valores de uso. Asimismo esta acumulación de valores de uso hállose notablemente dificultada por la improductividad del trabajo individual y por la imposibilidad de apropiarse el trabajo ajeno sin violentar el juego normal de la economía. La misma institución de la esclavitud constituye sólo muy relativamente una explotación del trabajo ajeno, puesto que, dada la improductividad del trabajo de la época, descontado lo necesario para el sostenimiento de su vida y el de su familia, poco es lo que podía quedar en beneficio del propietario.

En tales condiciones, si alguna vez llega a producirse cierta acumulación de la riqueza, basta su distribución obligada entre los varios herederos de la generación siguiente para reducir las cosas a su equilibrio. La propiedad privada continúa siendo así la base de la sociedad toda, y los que carecen de propiedad son una minoría. Ni

la existencia de la propiedad privada ni la existencia de la esclavitud perturban la eficacia de la economía en tal estado rudimentario de desarrollo económico. La vida es dura por falta de medios económicos, y sería más o menos igualmente dura con cualquier sistema económico que se adoptara. Sólo se pueden librar de esta dureza los que tienen en sus manos la espada. A los pueblos se les explota por la fuerza, no arteramente, encaramándose en el tinglado económico.

Hoy las cosas han cambiado por completo. La máquina de vapor hizo necesaria una completa división del trabajo. La división del trabajo impone a su vez el intercambio de valores de uso. Este intercambio, junto con el desarrollo del transporte, impone el desarrollo de medios de cambio, de valores de cambio que dominen a los valores de uso, movilizándolos a su voluntad: establece el predominio del dinero como representación única de la riqueza.

Contrariamente a los valores de uso, el dinero permite una acumulación indefinida. Y, por otra parte, el aumento de la productividad del trabajo originado por la máquina de vapor y, en general, por el perfeccionamiento de la técnica, permiten una explotación desmedida del trabajo humano y proporcionan los elementos necesarios a esta acumulación indefinida.

Entonces el volumen humano de propietarios empieza a reducirse incesantemente. Todo lo que hay en la sociedad humana de más productivo va pasando a un número cada vez más corto de capitalistas. La gran mayoría de la sociedad humana carece ya de toda propiedad y es sólo un instrumento de cada vez más corto número de capitalistas.

Ya Marx formuló las leyes de la concentración del capital. Muchos han querido negar estas leyes tomando como ejemplo las sociedades anónimas. Pero, contrariamente a lo que se pretende, las sociedades anónimas son un ejemplo de la ley de concentración de capitales y de la ley de concentración industrial. El número de capitalistas copropietarios de las empresas anónimas represen-

una insignificancia comparada con el volumen de trabajadores asalariados de esa misma empresa.

Además, las sociedades anónimas son ya, en sí mismas, una negación de la propiedad privada, de la propiedad individual: son, más bien, un ejemplo de propiedad social. Dentro de su carácter restringido, realizan una forma de copropiedad, de propiedad colectiva o común, de la cual el socialismo sólo se diferencia en cantidad, en que quiere hacer extensiva esa forma a toda la sociedad.

Claro es que por su carácter restringido, la sociedad anónima produce el mismo efecto que la propiedad individual y no perturba menos que ésta la economía social.

Como la propiedad individual, la propiedad colectiva de la sociedad anónima carece igualmente de sentido social y permanece igualmente insolidaria con los intereses generales de la sociedad.

Y es esta insolidaridad con los intereses generales de la sociedad, que caracteriza a la propiedad privada, lo que hace que su permanencia sea intolerable en el estado actual de la evolución económica.

No se puede perdonar esa insolidaridad con la economía general de la sociedad: es el obstáculo que se opone a la organización de esta economía en un plan armónico de cooperación universal opuesto a la disputa y a la competencia universal que ella determina y que malogra todos los esfuerzos de los hombres.

Desde otro punto de vista, las sociedades anónimas son una demostración de la insuficiencia de la propiedad privada para la gestión económica actual. En el desarrollo actual de la economía no bastan los medios individuales aislados ni las capacidades individuales aisladas para la gestión de la mayor parte de las empresas económicas, y son necesarias grandes asociaciones de medios económicos y de capacidades individuales.

Pero estas asociaciones parciales, por lo mismo que no tienen otra directriz que el egoísmo y los intereses individuales de los asociados, no remedian ni atenúan,

ni pueden atenuar el desbarajuste económico actual. La economía actual, quiérase o no, forma un todo solidario, enlazado fuertemente por el transporte y el cambio, sujeto a estrechas influencias recíprocas. La propiedad privada, en este movimiento solidario de la economía, representa una sucesión interminable de elementos insolidarios, a menudo antagónicos, que luchan entre sí y que a menudo se neutralizan o se anulan unos a otros, imposibles de adaptar a los intereses generales de la economía.

El socialismo tiende a eliminar de la economía estos elementos insolidarios, constituyendo la verdadera organización de la vida económica, que actualmente no existe.

Hoy la propiedad no puede fraccionarse y darle a cada uno su parte. Por lo mismo, la propiedad privada debe desaparecer, y todos los hombres deben ser copropietarios de toda la riqueza que existe.

La propiedad debe constituir un bloque social común indivisible, instrumento común de trabajo. Sobre este bloque social común podrá actuar el genio humano, coordinando las distintas actividades de los hombres, constituyendo organizaciones solidarias sometidas a las normas de la mayor eficacia y del mayor interés común.

SEGUNDA PARTE

La creación del Socialismo

I

Colectivismo y Comunismo

Este aspecto, que podríamos llamar general y negativo del socialismo, no es discutido hoy por ninguna persona de solvencia intelectual que tenga por norma la buena fe y la sinceridad. Todos reconocen los males que se derivan de la persistencia de la propiedad privada. Lo que llena de perplejidad y de indecisión a muchos es la tarea gigantesca que supone la transformación del régimen económico y la creación del socialismo.

Existe además el miedo a lo desconocido y a la cantidad de problemas inmediatos de ardua solución que el comienzo de la construcción del socialismo acumularía sin cesar.

El socialismo es, en efecto, una creación. Como toda creación, es lenta y penosa. Pero la mayor dificultad no está en su desarrollo, sino en su comienzo, en la eliminación de la propiedad privada y de los grandes intereses privados que se oponen a la creación del socialismo.

Lo mismo la fórmula colectivista del socialismo que la fórmula comunista, sólo dificultades de orden secundario pueden acarrear en la práctica. Estando los medios y los instrumentos de producción en manos de los

trabajadores, con cualquier norma de organización inmediata, transitoria o permanente, pueden éstos acometer la tarea de producir lo necesario para el sostenimiento de la vida de todos.

En realidad, el colectivismo y el comunismo son dos modalidades de la misma forma del socialismo. El colectivismo es un comunismo restringido.

El colectivismo puede, en efecto, considerarse como la fase primitiva inicial del socialismo. La eliminación de la propiedad privada y de las clases privilegiadas que ella sustenta, establecería, como resultado práctico, la generalización del asalariado.

La revolución económica no significa así ningún salto catastrófico.

Es sencillamente la generalización completa de un hecho, el proletariado, ya bastante generalizado, y la eliminación de otro hecho, las clases propietarias, ya bastante restringidas.

La eliminación de la propiedad privada tiene como consecuencia inmediata la eliminación del predominio de los valores de cambio, del dinero. Más escuetamente, la eliminación de la propiedad privada tiene como consecuencia inmediata la eliminación del dinero como instrumento de cambio. Si campos, fábricas, minas, talleres, transportes, establecimientos, máquinas, herramientas de trabajo, etc., etc., son conceptuados como instrumentos de trabajo y considerados, por lo tanto, como propiedad común indivisible, y no pueden en tal concepto ser apropiados, pierde el dinero su influencia sobre ellos, y al perderlo, pierde su valor como instrumento de cambio.

Ahora bien; el dinero no desempeña en la economía actual el solo papel de instrumento general de cambio. Desde el punto de vista de las necesidades humanas, es el instrumento de consumo.

El colectivismo suprime el dinero como instrumento de cambio, y lo conserva como instrumento de consumo. Por lo cual, la idea más exacta del colectivismo es la generalización completa del asalariado.

Pero hay que advertir que el asalariamiento colecti-

vista no supone la explotación del trabajo, como parecen dar a entender algunos críticos del colectivismo. El salario en un régimen colectivista sería un exponente de la relación directa entre el volumen general de la producción y el volumen general de las necesidades de la población. Sería escaso si la producción era escasa, y abundante si la producción era abundante.

Bernard Shaw propone el salario único, igual para todos. Pero el salario único, siendo abundante, es en la práctica un trámite inútil del comunismo libertario. Si el salario ha de bastar para cubrir ampliamente todas las necesidades, sobre la economía general ejerce el mismo efecto que si se dejara en libertad a cada cual para tomar lo que necesitara.

Al colectivismo puede hacérsele una objeción muy seria. Tendría que conservar la banca. La banca tendría que ser socializada y unificada. La banca necesitaría un ejército de burócratas para controlar la recaudación del consumo diario en todo género de establecimientos y para devolver otra vez el importe de lo recaudado en forma de salarios. A su vez, los establecimientos veríanse obligados a llevar un control riguroso de todas las operaciones. Todo lo cual supone una serie de trabajo improductivo, de mero trámite.

Con todo, es más seria aún la objeción que puede hacerse al comunismo integral. El comunismo integral es una economía sin control alguno y sin medio alguno de control. Carece en absoluto de medios para adaptar el consumo a la capacidad productora, y está expuesto a que la sociedad sea esquilmando por los que llegan antes, por los madrugadores, que se llevarían lo más y lo mejor. Pero lo peor es la falta de control sobre la actividad productora de los individuos. La necesidad de procurarse un jornal diario para adquirir lo necesario para el sostenimiento de su vida, coloca al individuo en el trance de ir diariamente al taller. Si se suprime esa necesidad y hay quien no quiera ir, ¿cómo obligarle a que vaya sin que la sociedad caiga en un plano de envilecimiento? Y si se opta por que haga lo que quiera, ¿cómo tolerar

que haya quien viva del esfuerzo ajeno? Mejor que la coacción directa, de hombre a hombre, ¿no es más noble y de un sentido más infinitamente humano el establecimiento de condiciones sociales impersonales, que fuercen al individuo a adaptarse a ellos y a ser útil a los demás, al mismo tiempo que lo es a sí mismo?

No hay ninguna dificultad en conceder que el comunismo integral pueda ser el término de la evolución socialista. En lo que hay dificultad es en conceder que pueda empezar en él la fase inicial del socialismo, como pensaba Kropotkin, y como en general piensan todos los comunistas libertarios.

Con ello hacen un gran daño al socialismo; pues lo hacen aparecer como un sueño irrealizable ante la generalidad de las gentes, acostumbradas a la dura realidad actual, que no ofrece ningún punto de semejanza con lo que se les propone; y, por lo tanto, le parece un sueño de mentes transtornadas.

Otra cosa distinta resulta si se concibe el comunismo como el desarrollo del colectivismo, que se va realizando gradual y experimentalmente, a medida que se va organizando la producción y a medida que se van transformando las condiciones económicas y sociales, y a medida que, paralelamente, se van transformando la mentalidad y las costumbres de las masas.

II

Socialismo autoritario y Socialismo anarquista

El socialismo es, como hemos visto, una doctrina económica. Pero, como se habrá entrevisto, lleva consigo un problema político. Si se elimina la propiedad privada y las diversas propiedades individuales se transforman en una única propiedad social indivisible, ¿qué instituciones, qué organismos han de asumir la representación de la sociedad?

Nada se ha creado en este sentido. Los partidos socialistas, la socialdemocracia, los que comúnmente se conceptúan y los conceptúan como los únicos socialistas, siendo que son sólo una fracción, cada vez menos numerosa, del socialismo, adoptaron la fórmula del Estado tradicional como órgano gestor de la sociedad. Este socialismo vendría a ser una ampliación de las funciones del Estado a todos los ámbitos de la sociedad. El Estado, como representante de la sociedad, sustituiría en sus funciones y en sus derechos a los propietarios actuales.

El Estado se transformaría así en una gran maquinaria administrativa, colocada a modo de superestructura, sobre la condición inmediata de la vida del trabajo, y cuyo peso tendría que soportar la sociedad entera. Sobre la producción y el consumo acabaría por extenderse una tupida red burocrática, sobre la cual, esta sociedad centralizada y, por lo tanto, inorgánica, sólo podría tener

una influencia remota e indirecta más o menos como la que sobre el Estado tiene la sociedad actual.

Ya actualmente, el Estado es una organización gigantesca, estrechamente solidaria, porque tiene un centro directriz común. Frente a ella cada uno de los individuos que componen la sociedad, desorganizados como están, son una insignificancia, y no les queda otro recurso que aguantarla. Extendido este Estado hasta la organización económica, se transforma en un monstruo, contra el cual el individuo no tiene ningún medio de defensa.

La función de control, de dirección, de organización y de iniciativa sobre la actividad de los demás, que en tal caso se verían obligados a realizar los componentes de ese Estado monstruoso, tendría que desenvolver en ellos una psicología autoritaria, en abierta oposición con la de las masas, tal y como sucede hoy con los encargados de fábricas, talleres y establecimientos, que no es raro sean en ocasiones más tiránicos que los propios patronos.

Actualmente, el carácter autoritario de las relaciones del patrono con el obrero, se halla atenuado por el carácter espontáneo, anárquico, digámoslo así, de estas relaciones. El patrono no puede apoyarse más que en el egoísmo de sus propios intereses, y no puede pretender ser un representante de los intereses de la colectividad, de la moral o del derecho. El patrono es un individuo aislado, no el representante de una organización poderosa, como sería el burócrata del Estado socialista, y, por lo tanto, no puede verse libre del sentimiento instintivo de recelo que experimenta el individuo ante el individuo, y que es la raíz del mutuo respeto.

La burocracia del Estado socialista, por el carácter específico de su función, al margen de las condiciones normales de la vida de las masas, podría muy fácilmente evolucionar hacia la creación de una casta análoga a la casta sacerdotal y la casta militar de las sociedades contemporáneas. Y aun cuando los socialistas esperan que el Estado socialista, al dar a su función un carácter administrativo y de control, se desprendería de su carácter

policíaco actual, hay suficientes motivos para recelar que, por el contrario, conservará ese carácter policíaco para vencer la resistencia de las masas a dejarse controlar y a aceptar iniciativas ajenas, y de la inevitable tendencia de estas mismas masas a reaccionar contra la actividad de la institución controladora y a querer, a su vez, controlar la actividad del Estado.

Como ya hemos dicho en otra parte, el socialismo implica la desaparición del carácter fragmentario e inorgánico de la vida económica; y es la organización de esta vida económica, del trabajo y de la vida diaria de los individuos. El Estado actual es, por el contrario, la expresión de una sociedad política obligada a organizarse políticamente en torno a intereses secundarios para suplir la absoluta carencia de una organización económica. Esta organización económica de la sociedad en torno a los intereses fundamentales y permanentes de la vida humana hace completamente inútil la persistencia de la actual organización política. La gestión de la vida económica tiene que estar a cargo de instituciones y organizaciones económicas, que llenen una función económica y encuadradas sólidamente en la economía. El carácter político correspondiente al socialismo es el anarquismo, la ausencia de organización política.

Pero el anarquismo dista mucho actualmente de ser una doctrina acabada. Es todavía una doctrina en vías de formación. Tiene establecido sólidamente sus líneas y sus principios fundamentales. Pero fuera de esto, las numerosas y diversas tentativas de aplicación y desarrollo teórico no pueden considerarse más que como tentativas de estructuración; y que, como tales tentativas, explican la divergencia de unas con otras.

A la concepción autoritaria y centralista del Estado socialista, el anarquismo opone el municipio socialista libre. Estos municipios tendrían seguramente que coordinarse y asociarse para las necesidades de la vida social; pero esta coordinación tendría un carácter espontáneo, se realizaría por libre acuerdo, y no les sería así impuesta desde fuera por una organización extraña.

El municipio sería, en este caso, la corporación social, el órgano gestor de la vida económica. Para esto, el actual municipio sólo tendría que ampliar sus funciones, ya que, actualmente, el municipio tiene a su cargo una serie de funciones de carácter económico, tales como la construcción y arreglo de calles, el alumbrado público, el abastecimiento de agua, los servicios sanitarios, etcétera, etc.. En realidad, el municipio es una institución de carácter económico.

El socialismo anarquista vendría a ser, pues, el traspaso al municipio de toda la riqueza que hoy existe en manos de los particulares, la eliminación del Estado y el establecimiento de un sistema de relaciones entre los municipios.

Pero todo esto es una extrestructuración teórica insuficiente, porque el anarquismo no determina la índole de las relaciones del municipio con los grupos productores. Se limita a preconizar *el libre acuerdo*. Pero el libre acuerdo puede ser un principio general que sirva de base de organización y de las relaciones entre diversas organizaciones; pero no puede determinar por sí mismo la índole de esas organizaciones. De tal modo es esto cierto qué haciendo hincapié en las exageraciones doctrinarias de algunos propagandistas, muchos conceptúan el anarquismo como una doctrina que tiende a romper todas las instituciones sociales y dejar la vida entregada al imperio del instinto y del capricho individual.

Además, si el municipio ha de tener el control y la iniciativa de la vida económica de su término, corre también el riesgo de convertirse en autoritario si no se crea una red de pequeñas organizaciones sobre las que el individuo pueda tener acceso e influencia directa e inmediata que le sirva de base y de apoyo y que puedan neutralizar o atemiar la tendencia absorbente de la corporación municipal.

En este sentido, la fórmula más aceptable para el anarquismo es el sindicalismo. Los órganos gestores de la economía socialista deben ser los sindicatos de industria. Son ellos, es decir, los trabajadores de cada industria,

asociados, los que deben crear su propia organización de talleres, fábricas, campos o establecimientos, y son ellos los que deben establecer su propio control, preparar y nombrar su propio personal técnico, etc., etc.; todo ello de acuerdo con las conveniencias sociales y de conformidad con los demás sindicatos.

La fórmula del socialismo anarquista podría ser, pues, de este modo:

1.º La eliminación del Estado y de toda organización coactiva.

2.º La eliminación de la propiedad privada y de las clases privilegiadas que su existencia crea y sustenta.

3.º El traspaso a las actuales organizaciones de trabajadores de toda la riqueza que existe actualmente en manos de los particulares y la transformación de estas organizaciones en órganos gestores de toda la vida económica.

4.º La transformación de los actuales municipios en Comités de relaciones y de coordinación entre los diferentes sindicatos de trabajadores.

5.º El propósito de ensayar los efectos de la supresión de la moneda como control del consumo, tan pronto como la organización de la producción lo permita; empezando por aquellos artículos indispensables a todos, tales como la alimentación, la vivienda y el vestido, hasta llegar, si las experiencias lo aconsejan, a la supresión total de la moneda y, por consiguiente, al establecimiento del comunismo integral, organizando la producción con el carácter de grandes servicios sociales.

Los métodos de realización

En realidad, no es que el socialismo de los partidos socialistas muestre una gran predilección doctrinaria por el Estado. Marx conceptualizaba el Estado como una consecuencia de la división de la sociedad en clases; como una organización de las clases privilegiadas para defender y para conservar sus privilegios; y calificó a los Gobiernos de "comités administrativos de los intereses comunes de la burguesía".

Lenin, por su parte, declaraba a menudo que la fase Estatal del socialismo sólo podía durar hasta la terminación del período constructivo del socialismo. Terminado este período constructivo, el socialismo tendría que revestirse de un carácter anárquico.

Por estas y otras manifestaciones se hecha de ver la razón por qué los partidos socialistas se orientan hacia el Estado y se aferran al Estado: porque lo consideran el instrumento más práctico para la realización del socialismo.

La acción de los partidos socialistas se ha orientado toda casi exclusivamente hacia la penetración en el Estado. Para ello han debido frenar todos los impulsos revolucionarios y todas las tendencias de choque de las masas, sólo porque esto dificultaba su acceso al Estado.

Una vez apoderados del Estado, los partidos socialistas, la socialdemocracia, cree hacedera la empresa de ir transformando gradual y evolutivamente la propiedad privada en propiedad colectiva e ir eliminando lentamente el capitalismo a medida que, también lentamente, se va construyendo el socialismo.

No es precisamente la lentitud lo que puede objetarse a este método estatista. Unos años son muchos en la

vida de los individuos; pero no son nada en la historia y en la vida de las sociedades humanas y el ahorro de grandes luchas y grandes conmociones sociales, con su cortejo de odios y de víctimas numerosas, bien valen unos años de espera.

Por lo malo es que semejante método es un plan falso. Mientras la economía de la sociedad esté en manos de la burguesía, estará también en sus manos el Estado. Aun cuando los partidos socialistas lleguen a apoderarse del Estado, desde el momento que quieran utilizarlo decididamente para iniciar la destrucción del régimen capitalista, no tardarán los capitalistas en lanzarlos del Poder por uno u otro medio y anular toda la obra realizada, si es que habían podido realizar alguna. En una lucha larga, sea cualquiera la forma de esta lucha, ni el proletariado ni los partidos del proletariado pueden vencer a la burguesía, porque carecen de toda clase de medios.

Los grupos políticos del proletariado están sostenidos por una masa condenada a gastar diariamente su tiempo y su energía en el trabajo, y que, por lo tanto, es muy escasa y muy poco eficaz la cantidad de actividad que pueden dedicar a la lucha política. Todo lo contrario de lo que sucede a la burguesía, que, al mismo tiempo que dispone de medios económicos, dispone, a su vez, de tiempo y energía para apoyar a sus propios grupos políticos.

El proletariado sostiene y encumbría a aquellos individuos de más capacidad para que actúen en su nombre, mientras él gasta la vida en el taller. Pero estos individuos trasplantados del ambiente del taller a otro ambiente distinto, es raro que vuelvan a él, y a menudo, en más o menos grado, todos le hacen traición, y unos abiertamente y otros de un modo vergonzante, acaban por pasearse al campo de la burguesía y nutrir el grupo de sus gobernantes.

En estas condiciones toda esperanza de transformación gradual, evolutiva, pacífica, es una vana quimera. Unas veces, después de arduas luchas, no consigue el proletariado imponer sus grupos políticos. Otras veces, consigue imponerlos, y le hacen traición. Y si no le hacen

traición, el clamor y la acción de la burguesía despiertan todas las fuerzas conservadoras y rutinarias de la sociedad, las cuales sirven de campo abonado para un golpe de Estado reaccionario. La lucha por la realización del socialismo es así una especie de tela de Penélope.

Lo malo de este método ilusorio es que las masas se orientan así en el sentido de crear y sostener grupos políticos que se encarguen de libertarlas de la áspera realidad de su vida diaria, y no hacen otra cosa; por lo cual no hacen nada útil.

Teóricamente puede aparecer una apariencia de puntos de contacto entre el capitalismo y el socialismo que permitan derivar evolutivamente éste de aquél. Prácticamente, estos términos de derivación no existen. La evolución se detiene en el término del capitalismo. No hay puente; para ir a la otra orilla hay que dar un salto, o no ir.

En el socialismo hay que entrar por un golpe brusco y rápido. Hay que entrar con la revolución, o no entrar. El único método de realización del socialismo es... ¡realizarlo! Apoderarse de todos los medios de producción y cambio bruscamente y socializarlos, dando por acabado el capitalismo, pero sin esperar a que el capitalismo extienda el correspondiente permiso para que lo maten, que es lo que parecen querer gestionar los partidos socialistas.

La realización del socialismo lentamente es imposible, porque esa lentitud da al capitalismo, que ya tiene los medios, un margen de tiempo para volver a reconstruir lo que se le destruya. En toda lucha a largo plazo triunfa siempre el que tiene más medios. Tal pareció entender Napoleón cuando pedía para la guerra dinero, dinero y dinero.

El método de realización revolucionario plantea el problema en otro terreno. En toda lucha rápida, violenta y brusca, la victoria no es del que tiene más medios de resistencia, sino más fuerza de choque: porque esta superioridad de fuerza de choque permite al que la posea anular momentáneamente la capacidad de defensa del

adversario, apoderarse de sus medios e inutilizarlo definitivamente.

Así, en este caso, la toma de posesión brusca de los medios de producción y cambio por los trabajadores, y la generalización de la desobediencia a la burguesía, dejaría a ésta inmediatamente inutilizada como fuerza social. Y es sólo entonces cuando se podría iniciar la construcción del socialismo.

Trosky dice que las revoluciones son siempre la obra de las minorías audaces. Ello es verdad, sólo muy relativamente. En las revoluciones políticas que se han sucedido en la historia, como estas revoluciones giran alrededor de la transformación del Estado, los grupos revolucionarios están expresados por las minorías que se disputan el predominio en el Estado. Estas minorías, no están, sin embargo, aisladas. Están, por el contrario, alentadas y sostenidas subterráneamente por grandes masas y por una atmósfera moral grande y densa, que crean y sustentan estas grandes masas.

Es preciso tener en cuenta que la revolución socialista no persigue en su finalidad esencial una transformación del Estado, sino una transformación de la sociedad, una transformación económica. Esta transformación sólo puede llevarse a cabo por la intervención directa de las grandes masas interesadas en ella. No que estas masas se dediquen a crear y sostener grupos políticos encargados de plantear la lucha y la disputa en torno del Estado, de conformidad con las normas de las revoluciones tradicionales, sino que se organicen y tiendan a actuar directamente, asumiendo sus organizaciones toda la representación social y declarándose, en nombre de la sociedad, propietarios de toda la riqueza y realizando inmediatamente el socialismo, sin esperar a que los capitalistas le den el correspondiente permiso.

Claro es que tampoco en esta forma se elimina el problema del Estado. El espíritu conservador y reaccionario ha ido infiltrando en el Estado el concepto de órgano exclusivo de representación social. El Estado representa el monopolio político, expresión quinta esenciada

del monopolio económico que sirve de base al capitalismo. Toda actividad política ajena al Estado es considerada por éste como un crimen. Nada, por consiguiente, puede hacerse sin chocar con él.

No es posible, pues, desentenderse del Estado; y, por lo tanto, tampoco las masas pueden desentenderse de las minorías audaces que constituyen los grupos políticos que plantean las disputas por el predominio en el Estado ni desentenderse, por consiguiente, de los métodos de las revoluciones tradicionales. Las masas no podrán dar un paso en el camino de su emancipación sin que el Estado les cierre el camino.

Aun cuando la revolución socialista se oriente por un carácter anarquista y tienda a sustituir el Estado por otras formas más perfectas de organización social, su primer paso, o, por lo menos, el segundo, tendrá que encaminarse a inmovilizar el Estado, y sólo cuando las minorías audaces lo hayan inmovilizado tendrán las masas el camino libre para iniciar la construcción del socialismo.

El método de la revolución social no niega el método de las revoluciones tradicionales; solamente lo amplía. Paralelo a este método, necesita crear otro método para actuar en el nuevo orden de hechos que se quieren modificar.

Es así como el método de las minorías audaces de las revoluciones tradicionales debe ser completado con la acción directa de los sindicatos; para lo cual es necesario que la orientación ideológica de los individuos tienda a convertir a cada trabajador en un soldado de la revolución.

Hoy más que nunca el proletariado debe repetir aquellas palabras con que Marx terminaba uno de sus libros: “; La lucha a muerte, o la nada !”

Libros, cuya lectura aconsejamos

De P. Kropotkin

PESETAS

La Conquista del Pan	2,00
Palabras de un Rebelde.	2,00
La Ciencia Moderna y el Anarquismo	1,10

De Anselmo Lorenzo

El Banquete de la Vida	1,50
El Proletariado Militante	3,50

De S. Faure

El Dolor Universal	3,00
Mi Comunismo	3,00

Estos libros se adquieren en nuestra Librería

"EL LIBERTARIO"

- Semanario Anarquista -

FLOR ALTA, 10